

EL
ESPLENDOR
DE LAS
RAÍCES

ROBIN BENWAY

 Planeta

CAER

GRACE

Grace no le había prestado mucha atención al baile de otoño.

Pero sabía que iría. Imaginaba que ella y su mejor amiga, Janie, se vestirían juntas, se peinarían juntas. Sabía que su mamá haría lo posible por tomar todo con mucha calma y no emocionarse, pero obligaría al papá de Grace a poner a cargar la cámara cara y sofisticada —no el iPhone—, y luego Grace se tomaría fotos con Max, su novio desde hacía poco más de un año.

Él se vería genial con esmoquin —rentado, por supuesto, porque ¿para qué tendría Max un esmoquin colgado en el clóset?—, y Grace no sabía si bailarían una canción lenta o sólo hablarían con la gente, o qué harían. El asunto era que ella no daba nada por sentado. Creía que sucedería y que sería genial.

Así pensaba Grace de todas las cosas en su vida. El baile de otoño era algo que sabía que haría. No lo cuestionaba.

Y por eso fue tan sorprendente que no pasara la noche del baile de otoño vestida con elegancia, ni bebiendo sorbos de la licorera de Max, ni bailando con Janie mientras se tomaban fotos cursis, sino en el ala de maternidad del hospital de Saint Catherine, con los pies metidos en estribos en lugar de tacones, dando a luz a su hija.



Le tomó un rato a Grace darse cuenta de que estaba embarazada. Solía ver esos *realities* en la televisión de paga y gritarle a la pantalla: «¿Cómo no vas a saber que estás embarazada?!», mientras los actores representaban los escenarios más inverosímiles. En serio el karma le jugó una mala broma, pensó Grace después. Pero su regla siempre había sido irregular y eso no le ayudó. Empezó a sentir las náuseas matutinas al mismo tiempo que una gripe estaba dando vuelta por la escuela, así que ese fue el segundo tache. No fue sino hasta la semana doce (que en ese momento no sabía que fuera la semana doce) cuando sintió que le apretaban sus *jeans* favoritos y comenzó a sospechar que algo no estaba bien. Y no fue sino hasta la semana trece (véase el comentario anterior sobre la semana doce) que obligó a su novio, Max, a manejar veinte minutos hasta una tienda donde no vieran a ningún conocido, para comprar dos pruebas de embarazo.

Resultó que las pruebas de embarazo salían caras. Tan caras, que Max tuvo que revisar su saldo por teléfono mientras estaban formados, sólo para asegurarse de tener suficiente en la cuenta.

Cuando Grace finalmente se dio cuenta de lo que había pasado, estaba en el quinto día de su segundo trimestre.

El bebé tenía el tamaño de un durazno. Grace lo buscó en Google.



Después de ese día, Grace supo que no se quedaría con Peach. Sabía que simplemente no podía hacerlo. Trabajaba medio tiempo después de la escuela en una *boutique* de ropa donde atendía principalmente a mujeres cuarenta años

mayores que ella y que le decían «mi vida». No estaba ganando dinero como para criar a un bebé.

Y ni siquiera era que los bebés lloraran, o que olieran mal o que regurgitaran ni nada por el estilo. Eso no le parecía tan terrible. Era que te necesitaban. Peach necesitaría a Grace en modos que ella no le podría ayudar, y de noche se sentaba en su cuarto, sostenía su vientre ya redondo y decía: «Lo lamento, lo lamento, lo lamento», una plegaria y una penitencia, porque Grace era la primera persona a quien Peach necesitaría, y Grace sentía como si la estuviera decepcionando desde ese momento.



El abogado de adopciones mandó un voluminoso fólder con posibles familias, y cada una se veía más emocionada que la anterior. Grace y su mamá las revisaron juntas, como si estuvieran comprando por catálogo.

Nadie era lo suficientemente bueno para Peach. No el papá en potencia que parecía un hámster, ni la mamá que no había cambiado su corte de cabello desde 1992. Grace descartó a una familia porque tenían un bebé con apariencia de mordelón, y a otra porque nunca habían viajado más al este de Colorado. No importaba que tampoco ella hubiera viajado más allá de Colorado, pero Peach merecía algo mejor. Merecía más. Merecía montañistas, viajeros internacionales, gente que fuera por todo el mundo en busca de lo mejor, porque eso era Peach. Grace quería exploradores intrépidos que extrajeran oro... porque estaban por hacerse ricos.

Catalina era originaria de España y además del español hablaba francés con fluidez. Trabajaba en una empresa de mercadotecnia en línea, pero también tenía un blog de alimentos y quería publicar un libro de cocina algún día.

Daniel era diseñador de sitios web y trabajaba desde casa. Él sería quien se quedaría en casa durante los primeros tres meses, cosa que a Grace le pareció bastante buena. Tenían una perra labrador llamada Dolly, que se veía tan cariñosa como tonta.

Grace los eligió a ellos.



Nunca se sintió avergonzada, no con Peach dentro de ella. Eran como un pequeño equipo. Caminaban, dormían y comían juntas, y todo lo que Grace hiciera afectaba a Peach. Veían mucha tele en su *laptop*, y Grace le contaba de los programas, de Catalina y Daniel, y de cómo con ellos tendría un gran hogar.

En realidad, Peach era la única persona con la que Grace hablaba. Todos sus otros amigos habían ido desapareciendo. Ella podía verlo en sus miradas, su incertidumbre sobre qué decir acerca de su vientre en rápida expansión, su alivio de que fuera Grace quien estaba embarazada y no ellas. Al principio, sus compañeras del equipo de atletismo trataron de mantenerla al día, le contaban de las competencias y sobre los otros equipos, pero Grace no lograba lidiar con la manera en que los celos se empujaban contra su piel hasta hacerla sentir que explotaría. Después de un rato se volvió difícil incluso asentir en silencio, y cuando dejó de responder, ellas dejaron de llamar.

A veces, cuando estaba casi dormida, cuando Peach empujaba contra sus costillas como si fuera un lugar pequeño y seguro para ella, Grace podía sentir a su mamá parada en la puerta de su cuarto, mirándola. Fingía no saber que estaba ahí, y después de un rato su mamá se iba.

Pero su papá... Él apenas si podía mirar a Grace. Ella sabía que lo había decepcionado y que, aunque todavía la

amaba, Grace nunca volvería a ser la misma. Debe de haber sentido que le cambiaron a su hija por un nuevo modelo («¡Ahora con bebé adentro!»): una Grace 2.0.

Grace sabía esto porque sentía lo mismo.



Grace tenía cuarenta semanas y tres días de embarazo cuando llegó el baile de otoño. Janie no había dejado de pedirle que fuera, diciéndole que podrían ir con un grupo de amigas o algo así, lo que probablemente era la cosa más tonta y más tierna que jamás le hubiera dicho. Sus palabras tenían un dejo de disculpa, como si supiera que estaba diciendo lo incorrecto, pero no pudiera evitarlo. ¡Será divertido!, le escribió a Grace, pero ella no respondió.

Ese año, después de que comenzaran las clases, Grace no había vuelto con todos los demás. Estaba demasiado embarazada, demasiado redonda, demasiado agotada. Además, existía el riesgo de entrar en trabajo de parto cualquier día durante Química Avanzada y traumar a todos en la clase del penúltimo año de preparatoria. No estaba exactamente decepcionada por esta decisión. Cuando llegaron las vacaciones de verano, ya estaba cansada de sentirse como fenómeno de circo, con la gente que le abría tanto espacio en los pasillos que no podía recordar cuál había sido la última vez que alguien la había tocado, ni siquiera por accidente.

Peach nació a las 9:03 de la noche del baile de otoño, justo cuando a Max le estaban colocando la corona del Rey del Baile porque, reflexionó Grace con amargura, los chicos que embarazan a las chicas son héroes, y las chicas que se embarazan son zorras. Pero tenía que llegar Peach para eclipsar a Max. Fue lo primero que hizo la hija de Grace, y fue genial.

Estaba muy orgullosa. Era como si Peach supiera que era la heredera al trono y hubiera llegado para exigir su corona.

Peach salió de ella como una llama, como si le hubieran prendido fuego. La oxitocina sintética y el candente dolor calcinaban la espina, las costillas y las caderas de Grace y los transformaba en escombros. Su madre le sujetaba la mano y le quitaba el cabello de la frente sudada, y no le molestaba que Grace se la pasara diciéndole «mami», como si tuviera cuatro años. Peach se retorció y se abrió paso a empujones a través de ella, como si supiera que Grace era tan sólo un recipiente para ella y que sus padres de verdad, Daniel y Catalina, estaban esperando afuera, listos para llevársela a casa, a su vida de verdad.

Peach tenía cosas que hacer, y ya había terminado con Grace.

A veces, cuando era muy noche y Grace se dejaba flotar hacia un lugar oscuro en su cerebro, pensaba que ella estaría bien si no hubiera estrechado a Peach, si no hubiera sentido su piel y olido su cabecita y visto que tenía la nariz de Max y el cabello oscuro de Grace. Pero la enfermera le había preguntado si quería hacerlo, y Grace ignoró la mirada preocupada de su madre, quien se mordía el labio. Extendió los brazos hacia la enfermera y tomó a Peach, y no sabía de qué otro modo explicarlo, más que diciendo que Peach encajaba, encajaba en los brazos de Grace como había encajado bajo sus costillas, acurrucada ahí de forma suave y segura, y aunque el cuerpo de Grace se sintiera como si estuviera hecho de hollín y cenizas, sentía la cabeza como si se la hubieran lavado por completo por primera vez en diez meses.

Peach era perfecta. Grace no lo era.

Y Peach merecía la perfección.



Catalina y Daniel no le pusieron de nombre Peach, por supuesto. Nadie sabía del apodo más que Grace. Y Peach. En cambio, le pusieron Amelia Marie. Milly como diminutivo.

Siempre dijeron que podría ser una adopción abierta. Querían que fuera así, en especial Catalina. En privado, Grace pensaba que Catalina se sentía un poco culpable de que Peach se volviera su bebé.

—Podemos organizar una visita —le dijo Catalina una vez, cuando se reunieron en la oficina del consejero de adopción—. O enviarte fotos. Lo que te haga sentir más cómoda, Grace.

Pero después de que naciera Peach —Milly—, Grace no confiaba en sí misma. No podía imaginar verla de nuevo y no quedársela. Justo después de su nacimiento, Grace sentía volar con el tipo de adrenalina que, imaginaba, sólo podrían experimentar los atletas olímpicos, y estaba casi lista para pegar un brinco, meterse a Peach bajo el brazo y correr como *linebacker* hacia la zona de anotación. Podría haber corrido un maratón con ella, y lo que le asustaba era saber que no habría traído a Peach de vuelta.



Grace no recordaba haber puesto a Peach —a Milly— en brazos de Daniel y a Catalina. Tenía a su hija con ella y un segundo después ya no estaba, se iba con desconocidos, era la hija de alguien más, perdida por siempre para Grace.

Pero su cuerpo lo recordaba. Había acompañado a Peach al mundo, la había llorado al volver a casa del hospital. Cerró la puerta de su cuarto con llave y se retorció en agonía, con una de las cobijas para bebé de Peach apretada en el puño mientras se ahogaba contra ella, con sollozos que le apretaban el pecho, el corazón, que la aplastaban desde adentro. Ya no quería a su mamá: este no era un dolor que le pudieran

quitar ni ella ni los médicos. El cuerpo de Grace se retorció en la cama de una manera en que no lo había hecho durante el trabajo de parto, como si estuviera confundido acerca de adónde se había ido Peach; los dedos del pie se enrollaban y las manos se flexionaban. Grace había tenido a Peach, pero ahora sentía como si verdaderamente la hubiera dejado. Estaba flotando a la deriva.

Grace se quedó en su recámara durante un tiempo. A los diez días dejó de contar.

Después de dos semanas de quedarse en la oscuridad, bajó e interrumpió el desayuno de sus padres. Los dos se le quedaron mirando como si nunca antes la hubieran visto y, en cierto modo, así era. Grace 3.0 («¡Ahora sin bebé!») había llegado para quedarse.

Y entonces dijo las palabras que sus padres habían temido escuchar durante los últimos dieciséis años, desde que Grace había nacido. No «estoy embarazada», ni «hubo un accidente».

Grace bajó con el estómago vacío y el cabello desaliñado, y les dijo a sus padres:

—Quiero encontrar a mi madre biológica.



Grace siempre supo que era adoptada. Sus padres nunca se lo ocultaron. En realidad tampoco hablaban de ello. Simplemente así era.

Ahora, en la mesa del desayuno, Grace miró a su mamá abrir y cerrar por reflejo la tapa del frasco de crema de cacahuete. Después de la tercera vez, el papá de Grace extendió la mano y le quitó el frasco.

—Deberíamos programar una reunión familiar —dijo él, mientras las manos de la mamá de Grace se movían hacia su servilleta de papel.

La última vez que habían tenido una reunión familiar, Grace les había dicho que estaba embarazada. Tal como iban las cosas, lo más seguro es que sus padres no volvieran a tener una reunión familiar.

—Está bien —dijo Grace—. Hoy.

—Mañana. —Su mamá finalmente había encontrado la voz—. Tengo una junta hoy y deberíamos... —le lanzó una mirada a su papá—, deberíamos ir por unos documentos para ti. Están en la caja de seguridad.

Siempre hubo un acuerdo tácito ente Grace y sus padres. Le contarían todo lo que sabían de su familia biológica, pero sólo si ella preguntaba. Había tenido curiosidad unas cuantas veces —como cuando estudiaron el ADN en Biología de primer año de secundaria, o en segundo de primaria, cuando descubrió que Alex Peterson tenía dos mamás y Grace se preguntaba si ella también podría tener dos mamás—, pero ahora era distinto. Grace sabía que en alguna parte del mundo había una mujer a la que quizá le había dolido (y quizá todavía le dolía) como a Grace le dolía ahora. Reunirse con ella no volvería a traerle a Peach, ni llenaría las grietas que amenazaban con romperla en pedazos, pero serviría de algo.

Grace necesitaba estar vinculada a alguien otra vez.



Sus papás sabían muy poco sobre su madre biológica. Grace no estaba del todo sorprendida. Había sido una adopción privada, por medio de abogados y juzgados. El nombre de su madre era Melissa Taylor. Los padres de Grace nunca la conocieron. Melissa no había querido conocerlos.

No había ni una sola foto de Melissa, ni huellas digitales, ni una nota o recuerdo; sólo un documento del juzgado con su firma. El nombre era lo suficientemente común para que

Grace sospechara que podría googlearlo por horas sin encontrar nada, pero parecía que Melissa nunca hubiera querido que la encontraran.

—Le mandamos una carta por medio del abogado —dijo la mamá de Grace, y le pasó un sobre delgado—. Justo después de que naciste, cuando le dijimos lo agradecidos que estábamos, pero nos la devolvieron.

No era necesario agregar lo último. Grace podía ver el sello rojo de «Devolver al remitente» que cruzaba el papel blanco.

Y justo cuando empezaba a sentir la desesperanza nueva y distinta (aunque no peor) de que no hubiera una mujer que la quisiera, que ansiara tenerla así como Grace ansiaba tener a Peach, que se hubiera retorcido y quejado, y que hubiera querido saber cualquier cosa de ella, los padres de Grace mencionaron algo que de inmediato cerró el agujero negro que amenazaba con engullirla.

—Grace —dijo su padre con suavidad, como si su voz pudiera activar una bomba y destrozarlos a todos—, tienes hermanos.



Tan pronto como terminó de vomitar en el baño de invitados de la planta baja, Grace fue por un vaso de agua y volvió a la mesa. La mirada de ansiedad en el rostro de su madre la hizo crisparse.

Le presentaron la historia con palabras cuidadosas y obviamente ensayadas: Joaquín era su hermano. Cuando nació Grace, él sólo tenía un año, y había ingresado a un hogar temporal unos cuantos días después de que sus padres se llevaran a Grace a casa.

—Nos preguntaron si queríamos ser padres adoptivos —explicó la madre de Grace, e incluso ahora, dieciséis años

después, Grace podía ver las líneas de arrepentimiento que Joaquín había trazado en su rostro—. Pero estabas recién nacida y nosotros... no estábamos preparados para eso, para dos bebés. Y a tu abuela la acababan de diagnosticar...

Grace conocía esa parte de la historia. Su abuela, Gloria Grace, la mujer con quien Grace compartía el nombre, había sido diagnosticada con cáncer de páncreas fase 4 un mes antes de que ella naciera, y había fallecido después del primer cumpleaños de Grace. «El mejor y el peor año» era como lo describía la mamá de Grace en las raras ocasiones en que hablaba del tema. Ella sabía que no debía hacer demasiadas preguntas.

—Joaquín —dijo Grace ahora, e hizo rodar la palabra por la boca. Se dio cuenta de que nunca antes había conocido a un Joaquín, que nunca antes había dicho el nombre.

—Nos dijeron que lo colocaron con una familia temporal que estaba en camino a adoptarlo —le dijo su padre—. Pero es lo único que sabemos de él. Tratamos de seguirle la pista, pero es un... sistema complicado.

Grace asintió mientras absorbía la historia. Si su vida hubiera sido una película, este sería el momento en que se volvería más intensa la música de fondo.

—¿Dijeron *hermanos*? ¿En plural?

Su mamá asintió.

—Justo después de que Gloria Grace —nadie la llamaba de ninguna otra forma— murió, recibimos una llamada del mismo abogado que nos ayudó a conseguirte. Había otra bebé, una niña, pero no podíamos... —Miró de nuevo al papá de Grace, alguien que le ayudara a cerrar el hueco entre las palabras—. No pudimos, Grace —dijo su madre, y le tembló la voz antes de aclararse la garganta—. La adoptó una familia que vive a unos veinte minutos de aquí. Tenemos sus datos. Convenimos que les avisaríamos cuando alguna de ustedes quisiera contactar a la otra.

Deslizaron una dirección de correo electrónico hacia ella.

—Se llama Maya —dijo su padre—. Tiene quince años. Hablamos con sus padres anoche, y ellos hablaron con ella. Si le quieres mandar un *e-mail*, está esperando saber de ti.



Esa noche. Grace se sentó frente a la *laptop*, y el cursor parpadeaba mientras intentaba pensar en qué escribirle a Maya.

Querida Maya, soy tu hermana y

Nop. Demasiado familiar.

Hola, Maya: mis papás apenas me contaron de ti, ¡y guau!

Grace quiso darse una bofetada después de leer esa frase.

Hola, Maya: ¿qué hay? Siempre quise una hermana y ahora tengo una

Grace hubiera querido contratar a un escritor.

Finalmente, después de casi treinta minutos de teclear, borrar y volver a teclear, se le ocurrió algo que parecía razonable:

Hola, Maya.

Me llamo Grace y recientemente descubrí que tú y yo tenemos la misma mamá biológica. Mi mamá y mi papá me contaron hoy de ti, y debo admitir que estoy medio impactada, pero también emocionada. Dijeron que ya sabías de mí, así que espero que no te sorprenda demasiado recibir este *e-mail*. Tampoco sé si tus papás te contaron de Joaquín. Podría ser nuestro hermano. Sería lindo intentar buscarlo juntas, ¿no?

GRACE

Mis padres dijeron que vives a media hora de aquí, así que quizás podamos reunirnos para tomar un café o algo así. Me gustaría conocerte, si estás de acuerdo. Pero no hay ninguna presión, sé que esto puede ser superextraño.

Espero saber de ti pronto.

Grace

Lo leyó tres veces y luego apretó «enviar».
Lo único que podía hacer era esperar.